



ISSN: 1699-2849

Registro de propiedad intelectual *safecreative* nº 0910284775023

DE LA LIBERTAD MADURA A LA LIBERTAD EN CIERNES

Ignacio Falgueras Salinas

I.INTRODUCCIÓN

Con este título, un tanto complejo, no pretendo otra cosa que indicar la comunicación entre dos grupos de libertades, la libertad de los padres que –cuando está consolidada en el matrimonio y la fecundidad– es una libertad madura, y la libertad de los hijos, que es una libertad en los comienzos de su desarrollo esencial. Las relaciones paterno-filiales, a las que se asemejan por extensión las relaciones profesor-alumno, son relaciones entre libertades, unas maduras, otras en ciernes, pero que son ya libertades¹. Lo natural en esas relaciones es que los padres y profesores eduquen, o ayuden a desarrollarse, a las libertades de los hijos². De ahí que el propósito de esta charla sea disertar sobre la

¹ Téngase en cuenta que «libertad madura» no significa libertad perfecta, por lo que en la relación educativa los padres y profesores también deben aprender. Y eso es lo que supone esta charla, el deseo de aprender a hacerlo mejor, en el que me incluyo a mí mismo.

² "Ser padres es ser suscitador de libertades" (Leonardo Polo, *Filosofía y Economía, Obras Completas (OC)*, Eunsa, Pamplona, 2915, vol. XXV, 326).

formación de *la libertad de los hijos y discípulos* desde la libertad de los padres y maestros.

Conviene, sin embargo, empezar por ponernos de acuerdo acerca de la propia noción de libertad de que les voy a hablar, lo cual ocupará, más o menos, un tercio de la charla. Y reservaré los otros dos tercios para desarrollar el tema específico de la formación de la libertad. Paso, pues, a la primera parte.

II. LA NOCIÓN DE LIBERTAD

Como saben Vds. tan bien como yo, en nuestros días existen palabras que en cierto modo están prostituidas y desgastadas por su frecuente uso equívoco. Por ejemplo, las palabras «amor», «ciencia», «cultura», «filosofía» se usan en tan dispares y, a veces, opuestos significados que terminan por perder su sentido original y profundo, desorientándonos acerca de su verdadero contenido. Eso mismo acontece con el término «libertad». Naturalmente, esa equivocidad de usos no se debe a las palabras mismas³, sino a los usuarios, de manera que las razones por las que suelen quedar desvirtuadas son en cada caso distintas. «Amor» es término equívoco por causa del materialismo reinante y las malas costumbres de la gente; y así se llega a veces a usarlo hasta para denominar la copulación entre animales. Las palabras «ciencia» y «cultura» se han vuelto equívocas por la apoteosis a la que se las eleva hoy en día, y por la pretensión que tiene todo el mundo de exaltar sus propias opiniones, modos de vida y gustos; y así se llega en ocasiones a hablar hasta de «ciencias ocultas» o de «cultura psicodélica»⁴, con clara

³ Los términos del lenguaje son siempre muchísimo más reducidos que las nociones que formamos y tenemos, pues el lenguaje, por ser práctico, tiene siempre un carácter esquemático y abreviante. Pero a eso se añade la equivocidad de usos de esos términos a la que, para abreviar, sólo hago rápida alusión aquí.

⁴ La noción de «ciencia oculta» es una contradicción *in adjecto*; la de cultura psicodélica, o del consumo de drogas y la excitación sensorial extrema, equivaldría a una cultura de la destrucción del hombre, ¿se le ocurriría a alguien llamar "cultura" a los conocimientos

contradicción. A la filosofía, por ignorancia, se la confunde en nuestros días con cualquier clase de teoría o planteamiento teórico, de manera que hasta los entrenadores de fútbol pretenden tener para cada encuentro una «filosofía».

Pues bien, la palabra «libertad» es equívoca, pero lo es, ante todo, por la gran cantidad de grados que la libertad humana admite, y, derivadamente, por el grado que cada cual estima como el más alto entre ellos. Lo explico.

Por libertad se suele entender primera y generalmente la libertad de movimientos. Es lo que pierden, por ejemplo, el prisionero, el encarcelado, y el secuestrado: es éste un sentido que nadie duda en reconocer como elemental. Sin embargo, esa libertad de movimientos la compartimos con los animales: también un perro, un pájaro o un gato enjaulados pierden la libertad de movimientos. Por tanto, este sentido de la libertad, con ser el más usual, es el menos propio del hombre como hombre.

El primer grado de libertad propiamente humana es la libertad de acción⁵. Los animales están predeterminados en su comportamiento por sus instintos y por su configuración física, derivados de su dotación genética; no así el hombre, que no sólo no tiene instintos propiamente dichos⁶, sino que es capaz de actuar por encima de las limitaciones de su cuerpo, pues la corporalidad humana está abierta por el espíritu a lo

y usos para torturar o matar? Cfr. Diccionario RAE, actualizado 2017, voz *Psicodelia*: "Tendencia surgida en la década de 1960, caracterizada por la excitación extrema de los sentidos, estimulados por drogas alucinógenas, música estridente, luces de colores cambiantes, etc.". Naturalmente, no me refiero a los conocimientos médicos y científicos relativos a ella.

⁵ Sigo aquí, de manera abreviada, la exposición de formas de la libertad esencial del hombre hecha por mí en *Hombre y destino*, Eunsa, Pamplona, 1998, 99-129. Para abreviar, sólo he resaltado las formas de libertad-de, prescindiendo de las de la libertad-para.

⁶ Tenemos muy pocos instintos y poco resolutivos. Nacemos con unos instintos tan débiles que son insuficientes para sobrevivir sin ayuda de otros: los de llorar y mamar. Aparte de ellos, apenas tenemos otros movimientos instintivos o mecánicos que aquellos que nos dejan libres para otras tareas (movimientos peristálticos), o nos defienden de amenazas y problemas físicos –movimientos reflejos, como cerrar los ojos instintivamente ante un rayo de luz o ante un proyectil; bostezar, cuando estamos cansados; echar las manos hacia adelante, si nos estamos cayendo, etc.–.

universal. El hombre puede correr más que los caballos, volar más alto, más lejos y más rápido que las aves, e incluso crear su propio hábitat en una estación espacial. Ésta es la libertad que nos da dominio sobre el cuerpo propio, y a la que éste obedece, o sea, precisamente aquella que pierden todos los que tienen adicciones graves. Gracias a esa libertad sobre el cuerpo propio podemos interesarnos por todo y llegar a someter mediante el cuerpo el entorno físico⁷.

Un grado más alto de libertad es la libertad de captar alternativas y de optar entre ellas. Es otro sentido al que muy comúnmente se suele reducir toda la libertad, pero que en realidad es sólo un grado intermedio de la misma: la libertad de elección. Ésta es la libertad que, por ejemplo, ejercemos al elegir carrera, oficio, y género de vida, o al votar en la democracia. Con ella, vamos subiendo en el grado de la libertad, pero todavía estamos en los primeros pasos.

Otra forma más alta es la libertad de decisión, o sea, la de abstenerse o asentir, a la que es normal confundir con la anterior, pero que le añade algo importantísimo: la capacidad del sí y del no. No sólo podemos elegir entre opciones distintas, sino que podemos no elegir, abstenernos. Mediante ella podemos salir de las alternativas dadas y buscar otros planteamientos. En filosofía es lo que hacía Descartes al poner en duda todas las verdades, o sea, no asentir a ellas, llegando incluso a poner en duda la existencia del mundo, a salirse de él. Por eso, ésta es la libertad respecto del mundo o fundamento, la libertad para proponerse fines propios y crear «mundos» humanos, o modos distintos de habitar el mundo (culturas).

Una forma aún más alta de libertad es la libertad como corresponsabilidad, pues siendo poseídas todas las formas anteriores por cada uno de los hombres, podemos entrar en conflicto unos con otros, lo

⁷ Por ejemplo, podemos hablar con personas a miles de kilómetros de distancia e incluso verlas, e igualmente podemos actuar a distancia, mediante ondas y rayos. Y todo eso es posible gracias a nuestra inteligencia, con la que articulamos el tiempo.

que mermaría las respectivas libertades. Este grado de libertad exige previamente la *anulación de la coacción mutua*, pero lo exige en la forma de *deber*⁸, y presenta dos facetas: ante todo (i), el deber de respetar la libertad ajena poniéndola a salvo de toda coacción externa, siempre que también la libertad ajena respete la de los demás, y no dañe el bien común; y en segundo lugar (ii), la imposibilidad de imponer *por dentro* las ideas y voliciones (fines) propias a los demás; y viceversa, la imposibilidad de que otros nos impongan a nosotros *por dentro* sus fines (ideas y voliciones). Me detengo brevemente a exponer ambas facetas.

Acerca de la primera faceta, conviene notar que el *deber* es aquel saber que nos informa por dentro acerca de la repercusión que tendrá nuestro obrar en nosotros mismos: obrar mal, o no obrar de acuerdo con el deber –o sea, con la conciencia moral– nos convierte en malos. Sin quitarnos la libertad, el deber nos vincula por dentro, puesto que seguirlo nos hace *ser buenos* y no seguirlo nos hace *ser malos*, cosa que, según acabo de decir, no pueden hacernos las voluntades de los otros hombres, de ahí que implique una dependencia respecto de una voluntad trascendente, la de Dios. El deber no supone una pérdida de libertad, sino que es una forma de saber que nos orienta moralmente acerca del uso de nuestra libertad⁹. Obviamente, los deberes llevan aparejados derechos y pueden concretarse en leyes y preceptos, sean naturales o positivos.

En cambio, como es obvio, la otra faceta de la libertad como corresponsabilidad, a saber, la inviolabilidad interior de la persona¹⁰, por

⁸ Aunque el plano de lo ético no empieza aquí, sino que abarca todo lo humano y todos los grados de libertad humana (control de sí mismo, elección, abstención/conformidad, etc.), alcanza extensión social en la corresponsabilidad.

⁹ Podemos hacer el mal, pero no debemos; y no somos más libres al hacer el mal, sino al revés, perdemos libertad por quedar vinculados con el mal. El mal es equivalente a la pérdida de libertad interior.

¹⁰ La obra de G. Orwell *1984* puede parecer, según se interprete, que sostiene una tesis distinta, a saber, que el Gran Hermano puede imponer sus planteamientos y opiniones a todo el mundo. Pero nótese que en ella no aparece en absoluto la radical libertad de dar la vida por una causa, propia de los que creen en la verdad. En ella el miedo a la muerte y al dolor domina a los personajes de tal manera que van cediendo a las ideas del Gran hermano. Si eso hubiera sido verdad a lo largo de la historia, no habría habido mártires

ser de índole ontológica, ya no puede ser concretada por las leyes y convenciones humanas, como la anterior, sino que nos indica nuestra pertenencia a un orden real superior.

En efecto, el descubrimiento de la imposibilidad de ser coaccionados internamente nos remite a una dimensión superior de la libertad, pues ¿cómo podríamos ser inmunes por dentro a la coacción por parte de otros, si no estuviéramos exentos interiormente de todo condicionamiento? Me explico.

Precisamente, son los condicionamientos corporales –las necesidades y la muerte– los que nos hacen vulnerables a la coacción externa, por lo que, si existieran unos condicionantes semejantes para el espíritu, no seríamos de verdad libres. Por eso, la inviolabilidad de nuestra libertad interior implica la carencia de toda restricción precedente. Tanto es así que, en esta vida, implica incluso la carencia de una vinculación irreversible respecto de los fines y acciones que previamente hubiéremos querido elegir y realizar nosotros mismos: podemos arrepentirnos y cambiar de vida tanto para bien, como para mal. Por tanto, si ni siquiera lo que hemos hecho con anterioridad nos determina definitivamente, entonces es que nuestro ser no depende del pasado, sino que posee el futuro, y desde él despliega su sentido. Toda la vida orgánica se desenvuelve desde la anterioridad (códigos genéticos, instintos); en cambio, la vida propiamente humana no, pues lo hace desde el futuro¹¹. Como todos sabemos, el tiempo humano adviene desde el futuro al

ni héroes víctimas de los tiranos. Pero la abundante existencia de éstos demuestra lo contrario.

¹¹ Cuando Heidegger afirma que el tiempo adviene desde el futuro, aunque él piensa que dicho futuro es la muerte, lo que en realidad suministra ese futuro es la libertad, que posee el futuro. La noción usual del tiempo es la de un flujo que procede del futuro pasa al presente y se convierte de inmediato en pasado. Así describe el tiempo s. Agustín, por ejemplo. Pues bien, en esa concepción del tiempo, que no es la de los tiempos físicos, sino la del tiempo humano por antonomasia (el tiempo histórico), es obvio que el pasado queda fuera de nuestra libertad, el presente parece ser su único espacio vital, pero en verdad es el futuro lo que de modo inagotable sirve de fuente al presente. Por eso, si nosotros nos inscribimos en la historia, es porque sabemos que el futuro no se agota por sí mismo, ¿y cómo podríamos saberlo, si nuestra propia inteligencia no captara esa inagotabilidad en sí misma, en su libertad, dado que el futuro temporal todavía no es?

presente para transitar de inmediato al pasado. Y si el futuro, como acabo de indicar, es la fuente de la que procede de modo inagotable el presente humano, se ha de deducir que la actividad que caracteriza a nuestra libertad (posesión del futuro) está incluida en la máxima amplitud, en el ámbito de lo irrestricto e inagotable¹².

Pero existe un grado más alto aún que los hasta ahora vistos, y que apunta en la misma dirección que la inviolabilidad de nuestra libertad interior. Se trata de la libertad como auto-trascendimiento, es decir, como trascendimiento del yo. Es la libertad para descentralizar el yo respecto de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad¹³, y abrirlo a lo que nos trasciende. Es la libertad propia de la religiosidad. No es un mero pasar del yo al nosotros, cosa que empezamos a hacer ya en los primeros grados de la libertad, es ir más allá del yo y del nosotros, sin desatenderlos, antes bien integrándolos en lo superior. Lo trascendental no es simplemente universal, es mucho más¹⁴, es *el ámbito de la amplitud irrestricta*. Lo explico.

Lo irrestricto es, literalmente, aquello que no está restringido por nada. Que la libertad sea irrestricta es bastante obvio, puesto que ella — repito— exige la inexistencia de condicionantes previos que la predeterminen, so pena de no ser más que una libertad aparente. Pero si está exenta de toda predeterminación, también estará exenta de agotamiento, al no existir nada previo que la obligue a acabarse. Según esto, las características ontológicas de la libertad residen: 1) en que nada la puede predeterminar o causar, y en esa medida nada la precede en su propio orden, y a nada previo puede ser anclada, sino que ella es la

¹² La irrestricción es una característica de lo trascendental, es decir, de lo más alto y profundo de la realidad.

¹³ Es decir, respecto del ver-yo y del querer-yo, según la terminología de mi maestro (Cfr. Antropología Trascendental II, OC vol. XV, 288 ss.).

¹⁴ Cfr. I. Falgueras, *Esbozo de una filosofía trascendental (I)*, Cuadernos de Anuario Filosófico, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1996, 30-32. Y también I. Falgueras, "Universalidad física, universalidad humana, universalidad cristiana", en J. García González y Tomás Melendo (Eds.) *Actualidad de la Metafísica*, Suplemento 7 de Contrastes (Revista de Filosofía), Málaga, 2002, 59 ss.

actividad radical y original del hombre¹⁵; y 2) en que la libertad no puede dejar de ser, ella posee el futuro de modo inagotable, porque existe sin estar predeterminada ni preconditionada¹⁶. De esta segunda característica deriva que el ser dotado de libertad es un ser *para siempre*. Y de la primera se sigue que, en términos lingüísticos, la libertad no puede ser predicado de una proposición, sólo puede ser sujeto, por lo que es más exacto decir «somos libertad» que decir «somos libres». Insisto, la libertad es lo más radical y es *para siempre*, de lo contrario no *es* libertad.

Pero si a la irrestricción le ponemos por delante la amplitud, entonces se atisba lo que está más allá de toda limitación, aquella instancia en, para y con la que todo es compatible; en ella nada queda excluido, porque en su ámbito las distinciones no son sinónimo de separación, sino de actividad conjunta, de la única actividad que puede ser conjunta sin pérdida ni reparto: el dar. El dar requiere libertad, pues todo dar verdadero y pleno ha de ser *gratuito*. Pero la libertad, a su vez, no puede «*ser*» otra cosa que la actividad de dar, única en la que los distintos pueden comulgar plenamente sin multiplicar los actos, sin perder su libertad y sin hacerla perder a los otros: el sentido de la libertad es dar. Así hemos llegado al hondón de la libertad, a la libertad trascendental¹⁷, o lo que es igual, a la persona. Sólo es radical y trascendental la libertad

¹⁵ Cfr. S. Agustín, *De libero arbitrio* III, c. 17, nn. 48 y 49, PL 32, 1294-1295. Nuestra libertad por ser creada depende de Dios, pero Dios no es en su respecto una condición ni una causa *previas*, sino que es el donante de la misma. Y como el dar exige la coexistencia del donatario con el donante, la eternidad de Dios no es anterior *en sentido temporal* respecto de nuestra libertad, sino que nuestra libertad es en su origen contemporánea –por participación– de la eternidad de Dios, aunque en su ejercicio, durante el periodo de prueba, está vinculada al tiempo.

¹⁶ La vida orgánica incluye la muerte del individuo, al que sacrifica en beneficio de la especie. Esto no habría ocurrido al cuerpo humano sin el pecado de origen, porque la inmortalidad del alma se le habría comunicado en la forma de inmortalidad, o sea, de futuridad inacabable, no de inmortalidad divina.

¹⁷ Por lo mismo, esta libertad no pertenece ni a la voluntad ni a la inteligencia, sino que es una actividad superior de la que proceden tanto la una como la otra, y que por tanto las reúne a las dos en un orden más alto, el trascendental: la libertad radical (humana) se convierte con la búsqueda de réplica y la búsqueda de aprobación. Cfr. L. Polo, *Antropología trascendental I*, Obras Completas, Eunsa, 2016, vol. XV, 266 ss.

que *se es*, y por eso dependen de ella todos los modos de libertad antes enumerados.

Ahora bien, la libertad que somos cada uno de los hombres está sometida a prueba en esta vida, a fin de que nos mantengamos, o no, en ese orden de la máxima amplitud: hemos de aceptar libre y activamente el don recibido de la libertad como ser. Tal aceptación, que es necesaria para mantenernos, libremente, a la altura del ser que nos ha sido dado, la hemos de mostrar en nuestro periodo de prueba como habitantes de este mundo, mediante el ejercicio temporal de la libertad, al que corresponden la variedad de formas de libertad previamente expuestas. Naturalmente, al estar vinculados de modo intrínseco con el mundo, no podemos ejercer una libertad sin límites, pero sí una libertad que trasciende los límites, y al trascenderlos incluye sus contenidos en el curso de la manifestación de su ser, haciéndose creciente. El crecimiento humano, que es el trascendimiento libre de los límites del mundo y del cuerpo, es lo que hace entrar en juego la noción de formación.

De lo precedente se deduce que el ejercicio de la libertad no es más alto que la libertad que somos. Somos más de lo que hacemos. Tenemos una dignidad muy superior a lo que muestran nuestras obras. Ésta es la auténtica noción de libertad: la persona es libertad, y la libertad es personal, íntima, inalienable. Pero la manifestación de la libertad que somos y que ejercemos en este mundo ha de estar a la altura de su dignidad, o de lo contrario decaerá de ella, o sea, seguirá siendo libertad, pero sin crecer, antes bien decreciendo, sometiéndose libremente a una pérdida de libertad, a esclavitudes.

Afirmar, en consecuencia, que cada uno de nosotros *somos libertad* equivale, ante todo, a sostener que no es la sociedad ni la familia lo que nos hace libres, sino que, si la libertad es nuestro ser, y éste lo hemos recibido de Dios, entonces cada uno hemos sido hechos «libertad» por Dios. El objetivo de la educación familiar y escolar no puede ser *hacernos* libres, tal como pretendían los terribles carteles que presidían los campos

de concentración hitlerianos: *Arbeit macht frei*. El objetivo de la educación paterna y docente es sólo *orientar* la libertad, que cada hijo y discípulo *es* por creación y elevación divinas, en su ejercicio manifestativo. La libertad no se hace, la persona *es* libertad. Lo que se hace y de lo que somos responsables es la manifestación de la libertad que somos.

III. LA FORMACIÓN DE LA LIBERTAD

Quede bien claro desde el principio que por «formar» la libertad no entiendo dotar de libertad al que se forma, antes bien formar sólo consiste en ayudar¹⁸ a que la libertad que cada uno somos vaya encontrando el cauce propio y adecuado de manifestación en este mundo. Pero, ¿por qué estamos necesitados de ayuda, si ya somos libertad? Los cristianos tenemos una respuesta clara para esa pregunta, a saber: porque nacemos con el pecado original. Pero también existe otra razón que precede en jerarquía a ésta, y es la siguiente: porque la libertad que somos todavía necesita ser ratificada por una libertad superior, la de Dios.

De Dios hemos de decir por lo menos lo que hemos dicho del hombre: Dios no es «libre», es libertad, pero la libertad de Dios es *la* libertad por antonomasia, es la libertad como dar puro. Dios es aquel ser que al dar no pierde nada ni hace perder nada. Nuestra libertad es una libertad dada por Dios, y en esa medida estamos invitados a dar junto con Dios, pero mientras no demos a imagen y semejanza de Dios, nuestro dar puede perder y puede quitar al dar. Por ejemplo, si yo repartiera mil euros entre Vds., ni cada uno de Vds. recibiría esos mil euros, ni yo seguiría teniéndolos. Nosotros damos cosas, Dios, en cambio, da el dar.

No obstante ese defecto, también nuestra libertad ha sido capacitada por la invitación divina para dar más. Podemos dar el ser o la vida, por ejemplo, engendrando a otros seres humanos, y no por eso perdemos la

¹⁸ Cfr. Leonardo Polo, *Ayudar a crecer. Cuestiones filosóficas de la educación*, Eunsa, Pamplona, 2006.

vida necesariamente, ni le quitamos nada a nuestros hijos. También podemos dar nuestro pensamiento o ideas, que es lo que estoy haciendo en este momento, y no por eso yo las pierdo ni tampoco Vds., pues no las reciben troceadas, sino enteras, y no les quita las suyas. Por último, podemos también dar amor a otras personas, sin que lo perdamos al darlo, y sin que quien lo recibe pierda nada al recibirlo, antes por el contrario, creándolo al darlo mutuamente. Esas son las tres actividades humanas en las que el dar está a una altura *trascendental*, a la altura de la persona, es decir, en la que lo que se da no se pierde ni se trocea ni hace perder.

Pues bien, lo que yo les propongo es que formar la libertad es precisamente ayudar a que nuestros descendientes o alumnos se inicien y desarrollen en el dar trascendental, que es el que lleva consigo el bien común de todos. Y, en este sentido, la familia es la escuela primera y decisiva del dar, allí donde se aprenden y forman los hábitos correspondientes a la actividad de dar. Los que no los aprenden en ella pueden resultar incapaces para comprender la gratuidad del dar en cualquier otra situación. La gratuidad del amor de los padres y de sus cuidados, la dedicación desinteresada del tiempo propio, el interesarse por todo lo del hijo como si fuera de uno mismo, son la mejor manifestación de la dignidad de personas de los padres y de los hijos. Iniciar en el dar, y favorecer su crecimiento orientándolo hacia la maduración personal¹⁹, ésa es mi propuesta.

Y para sugerirles ordenadamente qué podemos hacer al respecto, voy a seguir el esquema interno del propio dar. Existen tres momentos en el dar: la iniciativa, la aceptación y el don. Para dar, hace falta alguien que dé, es decir, que tome la iniciativa del dar; además, hace falta por lo

¹⁹ "La palabra orientación tiene muchas connotaciones y tomada en su sentido global se puede describir si se tiene en cuenta que *la educación está orientada al hombre maduro*. El que necesita la orientación global es el hombre maduro, de lo contrario no se puede decir que es maduro. La educación global hay que educarla, es decir, hay que ver cómo se puede ir despertando en el niño la orientación global" (L. Polo, *Ayudar* cit., 216).

menos otra persona o libertad que acepte esa iniciativa y la haga suya, de manera que se consume el dar, y se cree así, finalmente, el don, que no es sino la consumación del dar, su tercer componente. Según esto, desarrollaré mi propuesta en tres puntos: la iniciativa del dar, la aceptación del dar, y el dar-se o don de sí mismo.

III.1. *La iniciativa del dar*

De acuerdo con la estructura interna del dar, lo primero que los padres debemos hacer es enseñar a ser *dadores*, bien sabido que enseñar es sólo ayudar a que nuestros hijos y discípulos aprendan por sí mismos, en este caso, a tomar la iniciativa en el dar. El ejemplo de los padres es decisivo, pues los hijos en los primeros años de su vida no están en condiciones de tomar la iniciativa en el dar.

¿Qué es lo donal en la relación paterno-filial y en la docente? La gratuidad²⁰. Cuando los padres y maestros ejercen con generosidad sus funciones, los hijos y alumnos reciben un ejemplo decisivo a imitar, el de la gratuidad. No tener ni querer otra recompensa que el bien y la mejora de los hijos (y discípulos) es la forma humana originaria de la gratuidad. La gratuidad del bien recibido es la garantía de la bondad de los padres (y maestros), que son, a su vez, los indicadores de la bondad de Dios, pues si algo es propio de Dios es la gratuidad de sus dones. La idea que nos formamos de nuestros padres influye de modo decisivo en nuestra idea de Dios. Santa Mónica, madre de s. Agustín, dejó una impronta imborrable en su hijo, precisamente por la gratuidad de su amor materno, expresada en las muchas lágrimas derramadas²¹, y por la gratuidad de su amor a Cristo, cuya verdad inculcó vivamente a su hijo.

²⁰ Gratuidad aquí significa: búsqueda del bien ajeno sin exigir contraprestación, pero no sin tener finalidad.

²¹ *Confesiones*, trad. A. Uña Juárez, Editorial Tecnos, Madrid, 2006, III, cc. 11-12, nn. 19-21, 191-194; IX, c. 12, n. 33, 370. Cfr. *De dono perseverantiae*, c. 20, n. 53, PL 45,

Todo lo que se puede hacer es, pues, dar ejemplo de gratuidad en nuestra conducta diaria, sin echarles nunca en cara a nuestros hijos lo que hacemos por ellos, antes bien haciéndoles notar (con los hechos) que todo cuanto hacemos es porque los queremos, y que los queremos simplemente por ellos mismos. Cuando estaba pensando y redactando esto mismo que les estoy diciendo, la primera vez escribí: "haciéndoles notar que todo cuanto hacemos es porque los queremos y que los queremos *incondicionalmente*". Tuve que corregir este adverbio, porque me di cuenta de que al menos hay que poner una condición a nuestro cariño. Me refiero a lo que decía Aristóteles que distingue al amor materno: la madre humana quiere el bien de su hijo hasta el punto incluso de renunciar a la correspondencia en el amor por parte del hijo, si con eso éste obtiene un mayor bien²². Y precisamente porque lo que deben querer los padres es el bien de sus hijos más que su propio beneficio y comodidad, su amor debe tener una medida o condición, a saber, *el bien integral de los hijos*; en pocas palabras: debe incluir la corrección de los defectos y extravíos de éstos. Lo mismo se ha de decir, por extensión, de los tutores y maestros.

III.2. La aceptación del dar

Los niños, decía Aristóteles, se mueven por sus deseos, y si los deseos no se encauzan y someten a quien los guía, los llevarán muy lejos de su bien, ya que el deseo de lo placentero es insaciable para el que no tiene uso de razón, y si no se modera puede incluso malograr la manifestación de su libertad²³. Los padres y pedagogos deben, por tanto,

1026, donde dice que le fue concedido el no perecer gracias a las fieles y cotidianas lágrimas de su madre.

²² *Ética a Nicómaco*, VIII, c. 8, 1159 a 25-30 y 1061b19 ss.; *Ética a Eudemo*, VII, c. 8, 1141a35-1041b11; c. 12, 1145b30-32.

²³ *Ética a Nicómaco*, III, c.12, 1119b1 ss.

guiarlos con su autoridad, sin la cual ellos estarán desorientados y formarán mal su personalidad.

En la educación actual, inspirada por el ideal moderno de la emancipación, nacido con Descartes, pero aplicado a la educación por Rousseau²⁴, el objetivo es dejar que el niño sea él mismo, que sea autónomo. Y, para eso, los padres y el educador tienen que deponer su autoridad y hacerse iguales que el niño, porque el niño debe creer que él es el maestro, más aún, no debe hacer nada en contra de su voluntad: “no le ordenéis nunca nada, pase lo que pase en el mundo”, dice Rousseau en el Emilio²⁵. Ni siquiera cuando el niño confiese no saber algo debemos enseñárselo, antes bien sólo debemos proponerles aprender juntos, haciéndoles creer que nosotros no lo sabemos, aunque lo sepamos. En consecuencia, según Rousseau, hay que enseñar a ignorar más que a aprender, porque sólo la ignorancia impide el error²⁶.

La idea de que la autoridad es mala deriva de la negativa moderna a la filiación, o lo que es igual, del ideal de emancipación: el hombre moderno no quiere ser hijo, quiere emanciparse²⁷. El hijo debe casi todo a sus padres, esto es un simple dato. Pero ante este dato caben varias posturas: una es el sometimiento temeroso sin más, que es, más o menos, la postura de la mentalidad antigua; otra es el no querer reconocer la deuda con nuestros padres por ser impagable, y, por tanto, rechazarla como impedimento para la emancipación, que es la postura moderna; y una tercera sería la de reconocer la generosidad y el amor de nuestros padres, aprendiendo de ellos a dar y corresponder gratuitamente, que es la que yo les voy a proponer.

Para entender lo que les propongo es conveniente darse cuenta de que la autoridad no es lo mismo que la potestad, cosa que no hace la

²⁴ Cfr. F.-X. Bellamy, *Los desheredados. Por qué es urgente transmitir la cultura*, trad. E. Martínez Graciá, Ediciones Encuentro, Madrid, 2018, 43-68.

²⁵ Citado en F.-X. Bellamy, *Los desheredados*, 57.

²⁶ Cfr. F.-X. Bellamy, *Los desheredados*, 67: “le enseñé mucho más a [...] ignorar que a [...] saber”; y 55: “El único modo de evitar el error es la ignorancia”.

²⁷ Cfr. L. Polo, *Ayudar a crecer*, 44 ss.

modernidad, pues las confunde. La potestad es la capacidad legal y coercitiva para hacer cumplir la voluntad de uno, mientras que la autoridad es el respeto y admiración que merece el buen desempeño de sus funciones por una persona. Potestad la tiene quien ostenta el poder y lo ejerce; en cambio, autoridad la tiene el que se la gana ante los demás. Y ¿cómo se gana? Cuando se ayuda a crecer y a mejorar a los otros. El ámbito primero de autoridad es la familia²⁸, pues lo propio de los padres es ayudar a crecer a sus hijos, que es lo que significa *auctoritas*, palabra derivada del verbo latino *augeo*, que quiere decir aumentar o crecer; por tanto, *auctoritas* significa la cualidad de quien hace crecer. Del cumplimiento de esa función deriva el prestigio que para los hijos tienen sus padres y maestros. La autoridad deriva, pues, del bien gratuito que reciben los que a ella se someten; y el reconocimiento de la autoridad en la forma de obediencia y docilidad es la respuesta donal de los hijos y discípulos a la iniciativa gratuita de los padres y maestros. Rechazar la filiación equivale, pues, a rechazar la donalidad en las relaciones humanas.

Para ganarnos el respeto, la obediencia y la docilidad por parte de nuestros hijos y alumnos, los padres y profesores hemos de comunicar: (i) lo mejor que sabemos y tenemos, (ii) poniéndolo al alcance de ellos del mejor modo que nos sea posible, y (iii) con el entusiasmo propio de quien transmite la verdad y el bien.

Lo que pretendía Rousseau, o sea, una educación sin contenidos ni orientación es como un discurso sin sentido o puramente retórico; y una educación en la que no se transmitan los contenidos más altos, verdaderos y mejores que nosotros y nuestra época hayamos alcanzado es una traición a la función de dar, puesto que la gratuidad del dar implica que se dé lo mejor que se tiene²⁹.

²⁸ También en la familia existe la potestad y se ha de ejercer, pero siempre sobre la base de la autoridad.

²⁹ En los dones humanos ordinarios, que se hacen para mostrar o granjear amistad, no es necesario dar lo mejor, basta con que el don sea bueno y conveniente para el

Hoy en ciertos círculos se ha difundido la especie de que, por ejemplo, es mejor no bautizar a nuestros hijos, para que sean ellos los que decidan por sí mismos si lo quieren hacer cuando sean mayores. Yo tuve que afrontar ese error, cuando era joven, en discusión con algunos estudiantes holandeses, avanzadilla entonces de la progresía católica³⁰. Es un error mayúsculo. Sin entrar en mayores honduras –pues como he dicho la libertad de elección no es la más alta posible–, sino manteniéndome sencillamente en el plano del sentido común, es como si dijéramos: no voy a dar alimentos variados a mi niño hasta que, cuando sea mayor, quiera él decidir lo que quiere comer, o no voy a mandar al niño a la escuela ni voy a enseñarle matemáticas para que pueda decidir por sí mismo, cuando sea mayor, si quiere o no quiere estudiar y estudiarlas, etc. Lo mismo se podría decir del lenguaje o de la educación. Si los padres no inician a sus hijos en los distintos sabores ni en los distintos saberes, los hijos no tendrán materia para hacer su elección, y si llegaran a tenerla, sus posibilidades serán mucho más cortas que las nuestras, es decir, serán menos libres. Con mayor razón aún la fe: si los padres no comunican vivamente su fe, los hijos no sabrán lo que es creer, y no tendrán disponible esa opción ni siendo pequeños ni cuando sean mayores, cosa que sus padres tuvieron, aunque la hayan perdido o enfriado.

Estoy hablando de algo básico, de la tradición³¹. La humanidad y la historia se basan en la tradición, cuyos agentes principales son los padres y los maestros. Naturalmente, no hablo de esta o aquella tradición, sino de la actividad de transmitir la sabiduría, la ciencia, el saber hacer y el creer, de generación en generación. Cada vez que nace una persona empieza con ella de nuevo la historia, de manera que tiene por delante el

donatario. Pero en la relación educativa es preciso dar lo más alto y mejor en el saber, porque se trata de formar a una persona, lo más alto del mundo.

³⁰ Me refiero a la época de s. Pablo VI en que estuvieron muy cerca de salirse de la Iglesia Católica.

³¹ Defender la tradición no es el tradicionalismo en ninguna de sus formas, porque ser fiel a una tradición no consiste en conservarla intacta, sino en mantenerla viva y hacerla crecer en su propia línea.

recorrerla entera, y ¿cómo podría hacer suyo el saber adquirido durante miles y miles de años, si no lo conservamos nosotros y se lo transmitimos? Admitiendo la ficción de que no le enseñáramos absolutamente nada — cosa imposible, pues quienes no transmiten, por ejemplo, su fe, están transmitiendo su falta de fe—, el niño empezaría por tener que inventarse el lenguaje —cosa que, por cierto, parece que a veces intentan hacer los niños con gran algazara de los mayores—, tardaría muchísimo tiempo en hacerse entender, y sólo lo conseguiría en un círculo muy reducido de personas. Sin el dominio de la convención del lenguaje, la diferencia entre una persona normal y un autista se reduce drásticamente. Una persona sin tradición, es decir, que no estuviera incluida en una tradición, sería una persona casi aislada y absolutamente desorientada en su entorno humano, pues carecería del sentido de lo que hace la comunidad en que vive.

Insisto. Si queremos ganarnos la confianza y el respeto, esto es, tener autoridad para hacer crecer a nuestros hijos y discípulos, hemos de entregarles las verdades que hemos descubierto y lo mejor que tenemos, que en realidad no es otra cosa que los más altos contenidos del saber y del hacer que hemos recibido de las generaciones precedentes junto con lo que nosotros hayamos allegado. En suma, desarrollar la libertad de los demás requiere que uno mismo acepte y valore lo que ha recibido y hecho suyo por considerarlo como verdadero y bueno.

La modernidad, en cuyos límites temporales nos movemos, no acepta la tradición, porque transmitirla lleva consigo aceptar previamente los contenidos que nos han legado nuestros antepasados, es decir, lleva consigo aceptar libremente ser hijos también en el saber y en el hacer. Cuando se confunde potestad con autoridad, la autonomía que se requiere no es sólo una autonomía en el ejercicio de la libertad, sino incluso en el saber hacer, y en el saber sin más, o sea, una autonomía absoluta, es

decir, no aprender nada de nadie³². Pero si queremos crecer como hombres, no podemos ser autónomos: dependemos de los hombres precedentes para mantener la altura de su crecimiento. La autonomía absoluta sería la ruina de la historia, y, al final, la vuelta al primitivismo más inculto. Rousseau fue sincero además de coherente, sabía cuál sería el resultado final de una educación sin tradición, y lo propuso como meta: convertir al alumno en "un salvaje hecho para habitar en las ciudades"³³. Es decir, lo que vamos teniendo hoy.

Por consiguiente, sólo si, por el contrario, los padres y maestros transmiten lo mejor que ellos han recibido y aportado, estarán en condiciones de sugerir la aceptación en los hijos y discípulos, respectivamente, Y esto por dos vías: por la vía de la palabra o transmisión directa de contenidos, y por la vía del ejemplo, puesto que lo que dicen lo estarán haciendo, al transmitir lo que ellos también han aceptado de las generaciones anteriores³⁴.

III.3. *El don*

En el terreno en que nos estamos moviendo, que es la educación, lo mismo que en el plano trascendental humano, don implica *darse*, pues lo que se ha de entregar en el dar más alto del hombre es uno mismo. Me explico.

Evidentemente, lo que padres y maestros ofrecen a sus hijos y discípulos es una enseñanza con contenidos precisos, tal como he sugerido en el punto anterior. Pero para que esa enseñanza tenga

³² De ahí el predominio de las ciencias exactas, que pretenden ser ahistóricas, pero en verdad tampoco lo son. Por pretender ser ahistórica la ciencia actual sólo considera *lo último*, no publica libros más que de divulgación, tan sólo publica artículos, y va quedándose ella obsoleta a la misma velocidad que avanza. Por su exagerada influencia en la opinión pública, la gente de nuestra época se siente superior a las generaciones pasadas, lo que constituye en craso error: la ciencia no es superior a la sabiduría.

³³ Citado por F.-X. Bellamy, *Los desheredados*, 123.

³⁴ La filosofía también usa el criterio de autoridad, no el de potestad, pero sólo en la medida en que alguien ayuda a investigar mejor la verdad, no para suplir su búsqueda.

carácter donal es necesario que el modo en que se entrega, o transmite, revista determinadas características.

La primera exigencia es –como dije antes– que nosotros mismos hayamos hecho nuestra la tradición que comunicamos. Mas no se trata de transmitir tradiciones muertas, ni tampoco de proponer la mera continuación de lo que han hecho nuestros antepasados, por ser nuestros; se trata de comunicar, como también dije más arriba, lo mejor que tenemos, lo mejor de nuestro saber y de nuestro saber-hacer, haciéndolo inteligible y factible, porque nosotros lo entendemos, lo creemos y lo hacemos en nuestra vida. No se trata, pues, de ningún tradicionalismo³⁵, ni de que pensemos que todo lo pasado fue mejor, sino de que nosotros en nuestra vida vayamos incorporando lo mejor que recibimos de los demás (antepasados y contemporáneos) y a lo que sumemos nuestra aportación. Una tradición viva es una tradición abierta a *mejorar en su línea*. Si no fuera así, se trataría de una tradición clausurante del futuro, enemiga de la libertad trascendental. Pero, a su vez, una libertad sin tradición alguna sería una libertad sin línea de prosecución, desorientada, que no sabría de dónde viene ni adónde va.

En ese sentido, el don que ofrecemos es nuestra propia vida, nuestras convicciones, nuestra fe, en dos palabras, nosotros mismos. Por eso decía yo, antes, que, en la educación, el don es darse.

Ahora bien, ese dar-se a sí mismo tiene que ser un verdadero dar, no un mero imponer lo mío, sino hacerlo asequible y amable, como lo ha llegado a ser para nosotros. No digo que la transmisión haya de ser fácil, como seguramente no fue fácil para nosotros la apropiación de la tradición recibida de las generaciones anteriores y de la presente. Y la razón de eso es que no puede ser fácil ponerse a la altura de miles de años de tradición humana. Precisamente ése es el reto del *darse*: tenemos que encontrar el modo de hacer accesible lo esencial de la tradición a nuestros hijos y discípulos, porque sin aceptación no hay transmisión. ¿Cómo conseguirlo?

³⁵ Ni filosófico, ni político, ni lefebvriano: todos ellos mantienen tradiciones cerradas.

Para orientarnos en esa dirección es preciso considerar una segunda exigencia implícita en el darse. Darse es *comprometerse* con ilusión y esperanza. La noción de compromiso es bastante incomprendida en nuestra época. Justamente de lo que huyen los jóvenes en nuestros días es del compromiso. Pero comprometerse es donar el futuro a una persona o a una causa. El compromiso es la manera manifiesta de vivir la libertad radical del hombre, o sea, la libertad que somos, como ya señalé. Vivir en el presente es un consejo de falsos sabios, tanto antiguos como modernos, porque ése es un vivir sin futuro, a lo que salta, como vivían los hombres de pensamiento mágico y mítico: *carpe diem*. Vivir sin proyectos, vivir sin compromisos de futuro es reducir nuestra libertad a la rueda de la fortuna, sin otra esperanza que el retraso de la muerte. Ésa es flor que florece en nuestros días por el influjo histórico de la modernidad, por el influjo de la idea del progreso automático, por el influjo del ideal del burgués, que por encima de todo busca el éxito personal, no el bien.

Dicen los economistas que el dinero se crea con los préstamos e hipotecas, es decir, con el crédito. La gente cree que el dinero se crea a voluntad de los gobernantes, con sólo una máquina especial de imprimir. Así se puede crear la inflación, pero no el dinero con valor real. Los créditos crean dinero porque comprometen el futuro de los que los reciben, pues obligan de modo fiable a devolver el dinero con intereses durante un tiempo. La devolución de esos intereses son la novedad aportada por el crédito, lo que no existía antes y se añade al dinero existente, y por donde crece su valor y fiabilidad. Por tanto, sin los compromisos de futuro el dinero sería un universo estanco, un juego de suma cero. Lo mismo pasa con la sociedad, una sociedad sin proyectos, sin compromisos de futuro, es una sociedad estanca. Pero los proyectos sólo los pueden hacer quienes poseen el futuro, y son el único modo en que podemos poseer el futuro verdaderamente, y, por tanto, el único modo de *ser* libertad en el tiempo, sin que éste nos arrastre ni nos clausure.

El cristianismo fundado y vivificado por Cristo, Dios y hombre, nos lo enseña y pone como meta, hasta el punto de que su centro está en el *esjatón*, un futuro que va más allá del tiempo, un futuro trascendente, que por eso recibe las críticas de los que quieren construir un cielo en la tierra, y de los que pretenden que el cielo es, no un futuro trascendente, sólo una prolongación de esta vida terrena.

Volviendo al tema de esta conferencia, lo que se exige de padres y maestros es el compromiso personal, la libre donación del tiempo propio al futuro de sus hijos y discípulos. Es el compromiso lo que hace saltar la monotonía de la tradición como mera conservación de lo pasado. Embarcarse desde la fidelidad a la esencia de la tradición en proyectos vitales de futuro es lo que puede hacer creativa y atractiva la educación: ayudar a entender lo que se ha llegado a saber, pero mostrando las vías por las que se puede saber más y mejor.

En nuestra época existe una tentación muy poderosa que consiste en proponer como fin de la vida la pura y mera innovación en los medios. Es la tentación técnico-científica, que se guía por el éxito, y que desemboca en un progresismo utópico, en una falsa esperanza, como le ocurre, por ejemplo, al transhumanismo naciente³⁶. Cree éste que la técnica científica llegará a producir un hombre nuevo, un hombre inmortal. Sapiencialmente hablando, el transhumanismo está muy por debajo del budismo: no ha descubierto que una vida terrena como la actual que durara indefinidamente sería una vida absolutamente desgraciada, de la que sería mejor huir. Más aún, no han descubierto que el mal no marcha de fuera adentro, sino de dentro afuera: si el hombre no cambia por dentro, de poco le sirve cambiar por fuera, terminará anhelando la muerte, o suicidándose. Deslumbrados por los fogonazos de una ciencia que resuelve problemas prácticos mediante el ensayo técnico, ponen su esperanza en los fuegos fatuos del saber hacer humano, sin darse cuenta

³⁶ Cfr. J. Arana, "Ante los desafíos del posthumanismo y transhumanismo", en *Nueva revista de política, cultura y arte*, 162 (2017) 171-199.

de que la eternidad, a la que aspiran en el fondo, no es un simple tiempo inacabable, sino una intensidad de vida que no admite la sucesión.

Pero la peor de las tentaciones consiste en querer agradar y complacer por encima de todo, en falsear la verdad para que nuestros hijos y discípulos no rechacen nuestra manera de servirnos de la tradición. Eso implica desconfianza y debilidad en nuestras convicciones: si tenemos que trocearla y prescindir de partes esenciales para agradar al público, entonces es que no creemos de modo suficiente en la verdad y bondad de la tradición, o que no la hacemos nuestra porque sólo nos importa nuestro éxito inmediato. Nuestro compromiso ha de ser doble: compromiso con nuestras convicciones, que han de ser mantenidas y enriquecidas, y compromiso con los hijos y discípulos, a los que hemos de ayudar a pasar por la dificultad aneja a su posterior llegada a la vida, es decir, por la dificultad de aprender, sin pretender eliminársela. Nuestro compromiso se ha de basar en la confianza de que aquello que hemos recibido es verdadero y bueno, y merece la pena proseguirlo, así como de que las personas pueden entender y querer por sí mismas la verdad y el bien. La esperanza fundada en la verdad real y en la posibilidad del bien común es la base del compromiso.

IV. CONCLUSIÓN

Como toda propuesta humana, lo que acabo de decirles puede sugerir numerosos equívocos. Por eso, concluiré señalando algunas posibles confusiones que conviene evitar, y que incluso pueden revestir la forma de objeciones a la tesis que sostengo.

Alguien, en efecto, podría objetar: su crítica de la modernidad es un modo de no recibir la tradición, puesto que la modernidad es para nosotros ya tradición. Sin embargo, lo que propongo no es transmitir siempre todo lo recibido, sea bueno o malo, sino aceptar y transmitir siempre *lo verdadero y lo mejor*, lo cual implica sumarse a la tradición,

pero depurada de lo que nos consta son errores y desviaciones parciales. En la medida en que la modernidad se opone a toda tradición, yo no la sigo, pero en la medida en que ella puede mejorar en algo nuestra tradición, sí la sigo. La modernidad ha valorado mucho la libertad y ha buscado incrementar su manifestación, y en eso me sumo a ella; pero lo ha hecho por un camino equivocado: no se es más libre por no querer ser hijo, sino aceptando libremente la filiación y convirtiéndola en vía de trascendimiento, pues no se gana nada con negar la realidad, y sí mucho cuando se descubre que todos somos hijos. Y del mismo modo que a la modernidad, hay que dar entrada a todas las aportaciones hechas o por hacer a nuestra tradición que no la contradigan.

Por esta última vía puede aparecer otra objeción. Así, en el planteamiento aristotélico, que por lo general es muy acertado, los padres quieren naturalmente más a los hijos que los hijos a sus padres, porque —dice él— en esa relación los padres se comportan de modo activo, y los hijos de modo pasivo. Pero conviene notar que esta observación es verdadera en referencia al sentimiento natural, no a la donalidad personal. El dar de que he hablado no es ningún sentimiento, sino la más alta actividad de lo más alto que hay en los cielos y en la tierra, la persona. Por eso, un hijo puede actuar tan donalmente o más que un padre, siempre que lo haga de modo gratuito. La distinción entre el sentimiento y el dar es radical. Si no se entiende esto, no se sabrá qué es dar. Por ejemplo, hay autores que sostienen que la satisfacción que se siente en el dar es la ganancia que lo motiva. No saben lo que es la gratuidad. Y como la gratuidad no es lo mismo que el sentimiento, no tiene sentido el rechazo de toda satisfacción en el dar. La gratuidad no se opone a la experiencia del bien y de la verdad, antes por el contrario, se basa en ella, pues sólo por ella es normalmente reconocible³⁷. Sólo una personalidad

³⁷ La satisfacción moral no es más que la información interna del bien realizado. Pero esa satisfacción es siempre consecutiva o posterior al bien realizado, y por eso no puede ponerse por delante del mismo; si se pusiera por delante (como su fin), entonces lo

con una afectividad mal formada puede oponerse a que la satisfacción y el consuelo ratifiquen lo racionalmente bien hecho, que es aquello que se hace de manera que aun si faltara esa gratificación se haría igualmente. Eso no quita, desde luego, que por nuestro egoísmo los hombres descubramos difícilmente la gratuidad. Sólo la revelación nos ha enseñado qué es la gratuidad: que Dios no sólo perdona a los hombres que le ofenden, sino que se haya hecho hombre y se haya entregado a la muerte por esos mismos que le ofenden es la muestra de la gratuidad pura. Por eso, Dios nos pide como condición para perdonarnos el que nosotros perdonemos también de modo gratuito: el que perdona, por ejemplo, a quien lo odia y lo está matando, sólo lo puede hacer de modo absolutamente gratuito, a cambio de nada más que el amor mismo a Dios, y obviamente sin satisfacción propiamente humana.

De acuerdo con lo dicho, la libertad se desarrolla y culmina en el dar gratuito. Por tanto, si tenemos que ayudar a que nuestros hijos y discípulos aprendan libremente a dar, son tres los pasos que hemos de recorrer: tenemos que darles ejemplo de iniciativa en el dar gratuito; tenemos que darles ejemplo de aceptación gratuita en el recibir; tenemos que darles ejemplo de entrega gratuita de nosotros mismos en el don. Del mismo modo que, por ejemplo, sólo quien se admira puede transmitir admiración, y sólo quien ama puede comunicar amor, así sólo quien da puede enseñar a dar, sólo quien acepta puede enseñar a aceptar, sólo quien se-da y se compromete puede conseguir que otros se den y se comprometan en el dar. Y precisamente por eso, enseñar implica aprender, sólo quien aprende bien enseña bien, en este caso a dar gratuitamente. La gratuidad es, pues, común a todos los componentes del dar, de manera que pertenece intrínsecamente a la índole del dar y está implícita en el modo en que proceden cada uno de sus pasos, es decir, los acompaña y los hace donales.

hecho no estaría bien hecho, y por consiguiente no tendría como resultado la satisfacción.

Supongo que habrá notado Vds. que he hecho hincapié casi exclusivamente en la formación respectiva al dar, del cual he dicho que es la más alta actividad del hombre. Por tanto, alguien podría objetar: sí, pero antes es preciso educar en el autodomínio del cuerpo, en la elección del bien, en saber abstenerse o consentir, en el respeto ético de las obligaciones propias, etc. Eso es cierto. Sin embargo, lo que les intento proponer es algo muy sencillo. No es lo mismo viajar que vagabundear. Cuando uno sale de viaje ha de saber adónde va a ir finalmente. Puede pasar por muchos lugares, pero el destino del viaje es lo que le da sentido. Pues bien, yo he querido señalar el puerto y la meta final de toda enseñanza, que no es otro sino conseguir personas maduras en la libertad, y he indicado al respecto que tanto es más madura una libertad cuanto más da, acepta y se da. Por lo que mi propuesta, al señalar esa meta, implica que todos los pasos en la educación deben orientarse hacia el dar como iniciativa, aceptación y don o compromiso. Como es la meta última, conviene tenerla en cuenta desde el principio; pero, a la vez, precisamente por ser última se sobreentiende que no es la única ni la primera. Lo primero que ha de educarse son los sentimientos, la afectividad, después se ha de ayudar a la modulación de la imaginación, a la formación de los hábitos, tanto en la inteligencia como en la voluntad; se ha de educar en la verdad; se ha de educar también el interés, y por encima de todo en la religiosidad³⁸, que en el caso del cristiano no es mera religiosidad, sino la aceptación de una revelación divina que abre nuestra vida a lo irrestricto. Ahora bien, toda esa formación ha de encaminarse *a dar, aceptar y darse* libremente, a ser integralmente una persona capaz de merecer, con Su ayuda, la aprobación de Dios.

Quizás el tema de esta conferencia haya dejado un poco desorientados a algunos pedagogos, que podrían echar de menos que hubiera hecho algunas indicaciones sobre procedimientos técnicos, o sobre contenidos concretos, por ejemplo, sobre cómo se puede incluir en

³⁸ Cfr. L. Polo, *Ayudar a crecer*, desde la página 113 hasta el final.

un programa lo que he propuesto?, o sobre ¿qué relevancia habría que darle dentro de los planes de enseñanza? En parte, la respuesta a esta posible objeción está contenida en el párrafo anterior: en algún momento hay que hablar de la meta de la educación, de su objetivo más alto, pues una educación sin meta final no está a la altura del hombre. Pero, además, puedo añadir que no he hecho tales indicaciones, porque lo que he querido destacar es que la donación y su gratuidad deben empapar todo en la conducta y en el modo de enseñar del docente. En los padres la gratuidad es connatural, por eso nadie aprende a ser padre más que teniendo hijos; aunque ellos por serles connatural no suelen aquilatar su importancia. En cambio, en el docente sí que existe el aprendizaje y la necesaria titulación. Es cierto que, si bien las técnicas ayudan, tampoco se enseña a ser buen docente, éstos lo aprenden por inspiración y vocación propia. En todo caso, ser un buen docente exige no perder de vista el fin último de su actividad, pues es más fácil y cómodo, pero por completo insuficiente, obtener objetivos parciales, en vez de procurar que se forme integralmente la persona de los discípulos. Pues bien, para que los padres lo sepan valorar, y los maestros no lo pierdan de vista, es preciso destacar el dar, tratando separadamente de él. Sólo que, por ser el fin último de la educación, y tensarlo todo, resulta difícil especificarlo y transmitirlo como un contenido diferenciado. Aunque se puede y debe hacer, tal como acabo de intentarlo, lo imprescindible es que el fin último dirija y acompañe vitalmente todos los pasos del buen docente. En la vida hay cualidades imponderables que, si se transmiten, sólo se transmiten *por contagio*. Sólo se enseña la gratuidad enseñando gratuitamente. Y enseñar gratuitamente es enseñar con entusiasmo, por amor a la verdad, al bien del otro, y con respeto expreso a la tradición. Esto es lo imprescindible. Pero sólo lo podremos hacer si antes nosotros mismos hemos aprendido y *todavía lo hacemos*, con entusiasmo, con amor a la verdad y asimilando la tradición. Los que hacen esto están llevando a cabo en la práctica cuanto les he querido indicar en la teoría.

Por último, no quisiera dejar en el aire ni siquiera la vaga sospecha de que la formación de la libertad que propongo consiste en dejar hacer lo que quiera al educando, o en librarlo de las durezas y esfuerzos del aprendizaje, evitándole todo tipo de prueba o dificultad, aunque tampoco consista en incrementárselas. No propongo ni permisivismos, ni rigorismos. Educar debe ser preparar a los descendientes para la vida real, para afrontar los avatares de lo cotidiano y de lo extraordinario con entereza de ánimo y con humildad de hijos. Por eso, hablo de «formar la libertad», porque la libertad que somos está, de entrada, desorientada, o sea, carente de forma respecto de su manifestación en el mundo, y hay que hacerla entrar por los cauces acertados para su buen desarrollo. No poner normas, y los correspondientes castigos a su infracción, es dejar sin referencias reales a la integración de la libertad en un mundo de limitaciones que requiere lucha, esfuerzo y autotrascendimiento. Pero sobrecargar de rígidas normas las libertades en ciernes es desconfiar de ellas, y ahogar su inspiración. Pues se ha de reconocer que, por un lado, nuestra libertad no es absoluta, antes bien, nos ha sido donada y hemos de rendir cuentas de sus manifestaciones; mas no por eso deja –por otro lado– de ser una libertad original, una libertad que nos ha dado Dios mismo, quien la inspira y respeta íntegramente. La formación de la libertad humana consiste en ayudarla a aceptar alegre y generosamente la condición de hijos, propia de los hombres, en lo cual se incluye aceptar la vida, aceptar a los padres, así como la tradición cultural y sapiencial en la que se vive, para hacerla propia e intentar llevarla a mayor perfección, de modo que crezca de generación en generación. Pero bien sabido que todo eso no es más que un modo de procurar una adecuada manifestación de la libertad que somos, cuya plenitud será alcanzada sólo si la bondad de Dios encuentra aceptable el ofrecimiento donal que, con su gracia, le hagamos personalmente de nosotros, de nuestra vida y de nuestras obras.